

Lakeshire Park

Lakeshire Park

Originally published in English under the title:
Lakeshire Park

Copyright © 2020 Megan Walker
Spanish translation © 2021 Libros de Seda, S.L.

Published under license from Shadow Mountain Publishing.
ALL RIGHTS RESERVED. No part of this work may be reproduced in any
form or by any means without permission in writing from the publisher.
Published under license from Shadow Mountain.

© de la traducción: Noelia Pousada

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdesedaeditorial
[@librosdeseda](mailto:info@librosdeseda.com)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Nèlia Creixell
Maquetación: Rasgo Audaz
Imagen de la cubierta: © Lee Avison/Trevillion Images (portada);
©XXXXXXXXXXXXX/Shutterstock (contra)

Primera edición: octubre de 2021

Depósito legal: M. XX.XXX-2021
ISBN: ISBN: 978-84-17626-59-4

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

MEGAN WALKER

Lakeshire Park

Libros de
seda

*A mi Simon,
rey de la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales,
por enseñarme todo lo que sé
sobre la esperanza, el valor y el amor verdadero.*

Capítulo 1



Brighton, Inglaterra, 1820

Prolongué el último acorde un tiempo más de lo necesario. He aquí otra mañana inmersa en la canción de mi padre. Cuando estaba vivo, yo interpretaba esta melodía una y otra vez mientras él leía la correspondencia por la mañana y seguía el ascenso y el descenso de las notas entre canturreos. Ahora, si lograba tocarla de la forma adecuada, casi tenía la sensación de que podía oírlo, de que podía sentir ese júbilo tan propio de la niñez, cuando las inquietudes son escasas y el futuro se presenta repleto de esperanzas.

No obstante, el fin de la canción y el sonido del reloj me indicaron que había llegado el momento de que me preparase para la llegada de mi padrastro, lord Gray, que pronto regresaría de su baño diario en el mar, pero yo era reacia a renunciar a mi libertad.

Coloqué la banqueta en su sitio y tomé mi costurero del asiento junto a la ventana, donde había estado trabajando antes. Recogí con esmero todos los hilos rebeldes y me cercioré

de ahuecar el cojín y dejarlo tan limpio como lo había encontrado. La luz dorada que se filtraba por el cristal me invitaba a rezagarme en aquel rincón: alcé el rostro para que me diera el calor del sol y busqué instintivamente con la mirada la residencia costera del príncipe regente, el Royal Pavilion, que se veía en la esquina superior derecha de la ventana. Dicho edificio, cuyas exóticas cúpulas y minaretes penetraban en el cielo despejado de Inglaterra, se erguía sobre la colina a menos de medio kilómetro de Gray House. Cuánto me gustaría pasear por el interior de aquellos muros y con la seguridad y la tranquilidad que debe de otorgar un estilo de vida tan majestuoso...

—Brighton difiere levemente de Londres, ¿no crees? —preguntó Clara, cuando nuestros reflejos se encontraron en la ventana.

—Resulta un poco más excéntrico, sin lugar a duda —respondí, y me volví en dirección a mi hermana pequeña—, pero he de conceder que está mucho menos atestado de gente.

Clara suspiró.

—¿Me creerías si te confesase que ya extraño la temporada? La sociedad, las cenas, los bailes que se alargaban hasta la mañana siguiente...

Una sonrisa le llegó a los ojos por primera vez desde nuestro regreso a Brighton hacía tres semanas, y también yo dejé escapar un suspiro de felicidad:

—Y adormecerse en el carruaje, con el galope de los caballos contra los adoquines.

¿Cuándo me había quedado dormida con tanta facilidad? Hacía años, tal vez, antes de que la vida comenzase a golpear nos, como si con palas nos azotara hasta conseguir arrancar nuestras raíces de la tierra.

Clara se mordió el labio.

—Tenía la certeza de que nos llegarían noticias de... cierta persona.

—Así será.

Le acaricié el brazo y le dediqué mi más sentida sonrisa, pero mis palabras me llegaron a los oídos teñidas de falsedad. Habían transcurrido tres semanas sin que recibiésemos visita alguna, y aunque habíamos conocido a un gran número de caballeros que reunía las cualidades deseadas y que vivía a una distancia razonable de Gray House, nuestra puerta seguía sumida en el silencio.

—Amelia —dijo Clara, con voz contenida—, ¿qué haremos si...? ¿Qué sucederá si ninguna de las dos contrae matrimonio antes de que...?

—No te preocupes por circunstancias como esas.

Le coloqué un rizo suelto detrás de la oreja. Preocuparse era responsabilidad mía.

—La salud de lord Gray ha decaído desde nuestro regreso. Tose sin cesar —comentó Clara, con mirada angustiada y voz alicaída.

—Prometió a nuestra madre que velaría por nuestra seguridad. A pesar de todas sus tachas y de la animadversión que siente para con nosotras, a ella la amaba. Hemos de confiar en que cumplirá su palabra.

Clara bajó la vista, suspicaz.

—¿Acaso no nos permitió gozar de la temporada? Piensa en tu vestido: hacía años que no teníamos trajes nuevos como estos.

El cielo es testigo de los dolores de cabeza que yo había padecido durante toda una semana, como consecuencia de la forma en la que bramó cuando le expuse nuestra situación, pero si logré convencer a aquel hombre de que sufragase tanto nuestra temporada como nuestra nueva indumentaria, seguramente

sería capaz de convencerlo de que hiciese uso de sus contactos en nuestro favor, ¿verdad?

Clara se colocó otro rizo suelto detrás de la oreja.

—La tía Evelyn estuvo a punto de hacer añicos mi vestido de seda cuando lo vio.

—No la llares así; no podemos considerarla nuestra tía.

Fruncí el ceño. Si la familia de lord Gray no nos aceptaba, ¿por qué debíamos aceptarla nosotras? Evelyn había actuado en calidad de carabina en Londres únicamente porque lord Gray le ofreció una ingente suma de dinero a cambio de cumplir con dicha tarea. Sin embargo, nos había relegado tajantemente a permanecer tras ella en todas y cada una de las presentaciones para favorecer a su admirada hija, que caminaba siempre delante de nosotras. Yo debía estirar el cuello para esquivar los rizos de Catherine todas las noches y así poder entablar algo semejante a una conversación, además de forzar una sonrisa cada vez que Evelyn comunicaba a la práctica totalidad de los caballeros que se interesaban en mi carné de baile que me encontraba demasiado indispuesta o exhausta para realizar más esfuerzos esa velada. Catherine, en cambio, complacía con brío a todos mis pretendientes.

Enrojecí al recordarlo. ¿Por qué me había quedado callada? ¿Por qué había adoptado aquella actitud de cohibición? ¿Para que los demás tuvieran más fácil hacerme a un lado? Jamás volvería a ocurrir.

Me enderecé frente a la ventana y traté de reordenar mis pensamientos.

—¿Dónde has estado esta mañana? No te oí llegar.

—Mary me acompañó a pasear por la orilla, pues creía que tal vez el océano conseguiría levantarme el ánimo. El alba, con el canal de la Mancha de telón de fondo, fue sobrecogedor.

La sonrisa de Clara se desvaneció y me percaté de que, por un instante, su mirada se había posado en la residencia del Royal Pavilion. Tenía los ojos decaídos, faltos de esperanza. Que ella anhelase algo que estaba fuera de su alcance me rompía el corazón: saber que mi hermana (que siempre mediaba en favor de la paz, que era la mujer más amable y gentil que conocía) se sentía atrapada en una vida que le habían impuesto era más de lo que podía soportar. Mi madre se había desposado con lord Gray tras la muerte de mi padre para liberarnos de tales ataduras, pero las cosas no habían salido como esperaba: nuestras preocupaciones no hicieron sino incrementarse cuando también ella se fue de nuestro lado, y ahora recaía exclusivamente en mí el deber de asegurar la felicidad de Clara. Su éxito en sociedad. Su futuro.

—Me temo que lord Gray no tardará en llegar —dijo Clara, aséptica, lo que acabó con nuestro trance en la ventana.

Respiré hondo y el olor rancio y familiar a tabaco me devolvió al presente.

—En ese caso, debemos apresurarnos —respondí, apretándole el brazo y atrayéndola a mi lado.

Prepararse para la llegada de nuestro padrastro se asemejaba a prepararse para un campo de batalla: había que colocar el periódico a su gusto, mullirle los cojines y dejar la caja de puros lista para su uso y disfrute. El más nimio de los descuidos, desde que se nos cayese un libro al suelo a que caminásemos con pasos demasiado fuertes, podía desatar su ira.

Con el costurero en la mano, inspeccioné la estancia para cerciorarme de que todo estaba dispuesto a la perfección: en efecto, sería imposible encontrar una mácula en esta sala, aunque estaba convencida de que lord Gray sería capaz de hacerlo. Como si mis pensamientos lo hubiesen invocado, las puertas

del salón se abrieron de par en par, su eco se extendió por toda la casa, y lord Gray entró pisando fuerte, con los hombros encogidos y la mirada fija en su asiento oscuro en la esquina más alejada de la habitación.

—¿Dónde tengo los puros? —exclamó con voz ronca.

—Aquí están.

Depositó el costurero en el asiento junto a la ventana y le hice entrega de su caja de puros, que se hallaba bajo su periódico, junto a su sillón. Sus hábitos eran exactos tarde tras tarde, pero había comenzado a fumar en el salón desde que regresamos de Londres. Si bien detestaba el olor que desprendía, principalmente porque se me pegaba a las ropas y al cabello, ni Clara ni yo nos atrevíamos a mencionárselo.

—¿Qué tal el baño en el mar, padraastro? —le pregunté, con los hombros tensos.

—Frío —masculló.

Sin apenas molestarse en mover la cabeza, encendió un puro y le dio una buena calada. Al fin pareció relajarse cuando se desplomó en su sillón de terciopelo gris.

—¿Desea tomar una taza de té? —ofreció Clara en voz baja y contenida.

—No —gruñó él.

Se encogió de súbito y unos jadeos alarmantes comenzaron a atosigarle el pecho, que contraía y ensanchaba una y otra vez, seguidos de una intensa tos que le producía arcadas y le dificultaba la respiración. El silencio imperó unos instantes, y luego, su voz nos arrolló con la potencia de una ola del océano:

—¿Qué diantres hacéis ahí plantadas? ¿No tenéis que haceres? Mirad esta sala, pero ¡qué vergüenza! Si una persona respetable se presentase en Gray House, creería que vivimos como ratas.

Hablé con sosiego, a pesar de ver lo furioso que estaba:

—Desde luego, padrastro. Hay que limpiar el suelo, sin duda alguna.

Reculé con cuidado hasta posicionarme frente a Clara y me agaché para recoger unos hilos imaginarios de la alfombra que había bajo el diván, todo ello en honor de unos invitados que jamás vendrían. Se oyó un golpe en la puerta y nuestro mayordomo, el señor Jones, se adentró en el salón e hizo una reverencia.

—Ha llegado una carta para usted, milord.

Clara me miró perpleja y supe que la curiosidad y la esperanza anidaban en ella.

—Dámela —contestó lord Gray con voz firme, y alzó la mano para que se la entregase.

Traté de apaciguar mi corazón mientras él rompía el sello. No había cabida para la esperanza: de eso se había encargado Evelyn. Yo no había querido inquietar a Clara, pero estaba segura de que Evelyn nos había difamado y había propagado rumores falsos sobre nosotras por los círculos que constituían la flor y nata de la sociedad. ¿Por qué otro motivo no habríamos recibido ningún escrito tras una estancia en Londres de dos meses?

Lord Gray dobló el papel con contundencia y dio otra larga calada al puro. Se sobrepuso a otra ronda de jadeos y de esa tos que lo hacía temblar y que casi podía sentir en mis propios pulmones.

—Un té —ordenó con una voz bronca y áspera.

Clara fue incapaz de reprimir un resuello claramente audible y giró sobre sus talones para salir en busca del té casi a la carrera. La temible tos de lord Gray nos había traído a Brighton, o más bien a las propiedades curativas de las aguas del canal de

la Mancha, tal y como había hecho el propio príncipe regente. Aunque en un primer momento el médico le había diagnosticado neumonía, tras el fracaso de todos los remedios administrados y el descarte de todas las opciones, lord Gray se decantó por hacer caso omiso a su médico y nos obligó a desplazarnos a Brighton. Evidentemente, tampoco el océano poseía el mágico elixir para los pulmones.

—Siéntate —espetó, mientras giraba el puro con los dedos y observaba las pavesas en llamas en el borde con los labios fruncidos.

Me senté en el asiento contiguo al suyo y, nerviosa, me puse a estirar la falda de lino rosa de mi vestido.

—Esta misiva la ha escrito *sir* Ronald Demsworth de Hampshire, un hombre elocuente que se ha encandilado claramente con una de vosotras.

Hice un esfuerzo por no quedarme boquiabierta. ¿*Sir* Ronald? ¿El joven risueño de pelo rizado del que Clara hablaba sin parar? ¿El mismo que había heredado tanto un título nobiliario como una mansión comparable al mismísimo Royal Pavilion? Es cierto que se había mostrado particularmente atento con mi hermana en Londres, pero jamás le había escrito a Evelyn para ponerse en contacto con nosotras. ¿Por qué nos escribía ahora?

Lord Gray se aclaró la garganta.

—¿Me vas a escuchar, entonces? No deseo gastar saliva por tu culpa, Amelia, pues ya he malgastado bastante dinero para tratar de brindaros un futuro seguro, empresa que, por cierto, no ha dado fruto alguno, a pesar de haber costado hasta el último lujo de la temporada londinense. Catherine lleva tres semanas en casa, al igual que vosotras, pero con la diferencia de que ella está a punto de prometerse. He de admitir que me

sorprendió que nadie llamase a nuestra puerta, que nadie escribiese para interesarse por ninguna de las dos, pero al fin ha llegado vuestra oportunidad. —Señaló brevemente el papel que sostenía en la mano—. Se trata de nada más y nada menos que un *baronet* que os invita a hospedaros en su residencia dos semanas.

El corazón se me subió a la garganta y sentí un gran alivio al imaginar que podría huir de aquel lugar. Nuestra estadía en Londres había sido tan hermosa que se me antojaba irreal, y había intentado desterrar de mis pensamientos la idea de volver a abandonar Gray House pronto. Sus ojos hundidos perforaron los míos, deseosos de que se lo pidiese, de que se lo rogase. Él era tan consciente como yo de que bajo esta invitación había un significado oculto más profundo, un interés floreciente, y que para nosotras, para Clara, era una oportunidad que superaba con creces nuestras expectativas. También era consciente de que ni Clara ni yo contábamos con el dinero y los medios necesarios para dar una respuesta afirmativa sin el amparo de nuestro padrastro. Precisaríamos de un carruaje para el viaje, de una sirvienta para las dos y de una paga. Pedir tales cosas, y sobre todo rogar por ellas, no era propio de mí, pero las facciones de Clara irrumpieron en mi mente, con sus ojos apenados, suavizados por el hastío y los sueños frustrados.

—Lord Gray, ha sido usted muy generoso con nosotras —dije, aunque las palabras me dejaron un sabor agrio en la lengua—. Nos ha protegido y cuidado estos últimos dos años tras la muerte de nuestra madre.

Puso los ojos en blanco.

—¿De verdad consideras que lo hago por vosotras? —espetó—. Ninguna de las dos merecéis esta vida, porque por vuestras venas corre sangre de los Moore. No hay lo suficiente de

vuestra madre en vosotras para hacer que me preocupe por algo más que por la promesa que hice en lo relativo a vuestra protección, una promesa que morirá conmigo.

Había reiterado lo mismo cientos de veces, pero la herida que me infligía aquel desdén tan llano me escocía y me hacía enrojecer. La mención a la muerte yacía en el espacio que había entre nosotros y la palabra se esparció por el aire con el humo del puro de lord Gray, hasta que ambos se apoderaron de toda la habitación.

Estaba en juego mi propia vida, más frágil e incierta de lo que jamás había imaginado, y mi futuro se estaba agrietando como si de un cristal se tratara. Posé la mirada en la alfombra de un tono gris azulado que había bajo sus pies.

—Comprendo.

—Mírame —ordenó lord Gray con frialdad.

Me obligué a mirarlo a los ojos hundidos y me fijé en sus pómulos, negruzcos y consumidos, en sus labios secos y cortados y en lo ralo de su cabello canoso. Yo quería mirar para otro lado y fingir que no me daba cuenta de la verdad mientras el pecho le subía y bajaba con esfuerzo. Sin embargo, tras seis meses sin rastro de mejora, la realidad resultaba tan evidente que no podía apartar la mirada.

—¿Ha llamado al médico, padraastro?

Sus rasgos pasaron de la cólera a la libertad.

—Ya he consultado al doctor Wyles y me ha comunicado que no es previsible que me recupere —explicó, como si las nuevas supusiesen más un mero inconveniente que un tormento para él—. A diferencia de tu padre, tú eres astuta y, sin duda, podrás deducir que en breve el hermano de Catherine, Trenton, heredará todas mis posesiones y que vosotras os quedaréis con las manos vacías.

Aquellas palabras me zumbaban en la cabeza como moscas y me emborronaban la vista, a la par que me acosaba una presión en el pecho y los pulmones se me quedaban sin aire.

—¡Que me mires, Amelia! —rugió con urgencia. Me agitó la carta en la cara, con los ojos fríos rebosantes de desprecio—. Mi familia recibirá mi dinero y os dará la espalda cuando yo no esté; así es como deseo que sean las cosas. He sido un iluso al atarme a vosotras dos por el bien de vuestra madre en su lecho de muerte. De no haber sido así, me habría deshecho de vosotras hace mucho tiempo. Esta invitación me induce a ofreceros una última alternativa: iréis a Hampshire y una de las dos consolidará este noviazgo, para que yo pueda reencontrarme con Arabella con la conciencia tranquila.

—S-si... —susurré, sumida en mis propios pensamientos.

Sabía que nuestra presencia lo importunaba y que nuestro padre le había arruinado la vida, pero jamás imaginé que su inquina fuese tan honda. No podía permanecer sentada más tiempo: me levanté del asiento en silencio, aturdida, y las piernas me llevaron instintivamente hasta la puerta.

—Y no tenéis mucho tiempo para prepararos.

Me di la vuelta, toqué el pomo de la puerta débilmente y lo observé dar otra lenta calada al puro.

—¿Cuánto?

—Al parecer, la carta se ha retrasado por el camino. Debéis partir mañana.